

Esos aplausos son para Ti

Stefania Cafaro

Stefania Cafaro nace en Catania en 1972. Con solo diecisiete años se diploma en piano con la calificación máxima de sobresaliente con matrícula de honor, bajo la dirección de Agatelia Catania. En 1992 obtuvo el diploma de honor en la Academia Chigiana de Siena, donde recibió lecciones de perfeccionamiento del maestro Michele Campanella. En 1994 debutó en la sala Verdi del Conservatorio de Milán y en el Auditorium de la RAI de Roma, interpretando el concierto de Chopin para piano y orquesta. Ha efectuado diversas grabaciones para la RAI como solista y en formación de cámara con el cuarteto Prometeo. Además a dado conciertos en Alemania, Austria, Irlanda y Rusia.

Es muy difícil para mí dar un testimonio de cómo y hasta qué punto el mensaje del Beato Josemaría ha influido en mi labor profesional. Pero trataré de decir algo.

Empecé a tocar el piano a los cinco años, a los diez comencé a dar conciertos en Italia y tres años después di mis primeros conciertos en el extranjero. Ya entonces la música era mucho para mí: puedo decir que era casi todo. A los quince años conocí el mensaje del Beato Josemaría y ese encuentro significó un cambio notable en mi vida y en mi profesión.

Según iba conociendo el espíritu del Opus Dei y los escritos del Beato Josemaría, comencé a ofrecer mi trabajo: todos los días tocaba seis o siete horas, o más. En *Camino* se lee: «*Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo*» (*Camino*, 359). Iba entendiendo el sentido de lo que hacía, su valor intrínseco. Descubrí que ofrecer mi trabajo y realizarlo bien era un modo de estar con Dios y un modo de devolver al Señor lo que me había dado: el talento. He aprendido a cuidar las cosas pequeñas: repetir un pasaje que salía mal hasta que saliese bien; no tocar sin estudiar; hacer primero lo más costoso y después lo que me gustaba más... Y todo eso fue determinante en más de un éxito profesional.

Podría dar muchos ejemplos. He elegido uno que para mí es emblemático. En el verano de 1999 estaba preparando un concurso internacional. El programa musical comprendía una composición de un autor contemporáneo. Empecé a estudiarlo y, como era bastante difícil de leer y requería mucho trabajo, no tenía ganas de hacerlo y me decía a mí misma: *lo estudiaré después, al final de la mañana*. Después de algunos días, me acordé de lo que decía el Beato Josemaría en *Surco* y en *Camino*: «El heroísmo del trabajo está en “acabar” cada tarea» (*Surco*, 88) y «¿Quieres de verdad ser santo? — Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces» (*Camino*, 815). Y pensé que podría ofrecer al Señor el comenzar mi jornada de trabajo tocando aquella composición. Y así lo hice. Participé en el concurso y el jurado valoró mi ejecución como la mejor y, algunos meses después, me propusieron grabarlo. Me parece que éste es un ejemplo de cómo el cuidado de las cosas pequeñas influye en la perfección humana de un trabajo concreto.

Otro aspecto de la influencia del mensaje del Beato Josemaría sobre mi trabajo se traduce en la profundidad de la concepción musical, que tiene diferentes manifestaciones: la seriedad en la preparación; el no darse por satisfecha con la primera realización; el no pararse ante lo que está bien hecho, sino querer mejorar siempre más. Y eso me ha permitido no pararme después de los primeros éxitos, sino continuar, poniéndome cada vez metas más altas. Esa profundidad significa también determinadas elecciones de interpretación. Mi recorrido interior en esos años me condujo a poner la atención en un repertorio en el que destaca más el alto significado musical que lo virtuoso, lo meramente técnico. Es la búsqueda del significado de la música que se sitúa, más allá de los confines de las notas, en la interpretación.

Dos son los aspectos de la interpretación que quiero subrayar:

El primero es el silencio. *Camino* me ha enseñado que «*el silencio es como el portero de la vida interior*» (*Camino*, 281). Ese silencio, que es tan importante para la vida interior, lo es también para la música: los silencios son expresión, nunca sólo vacíos. Después de una ejecución de Schubert, algunas personas se me acercaron para darme la enhorabuena y me comentaron que lo que más les había impresionado eran los silencios, porque “hablaban”, estaban llenos de tensión y significado. Para un músico, ¡un comentario maravilloso!

El segundo aspecto que he tratado de cuidar en mis interpretaciones es el orden, la armonía de la forma, el equilibrio. Pienso que en un contexto no formal como puede ser el romanticismo, se puede hablar siempre del equilibrio que hay en las entrañas de la partitura: lo que es bello es también ordenado. Musicalmente eso significa, por ejemplo, la atención a la frase musical y a la sintonía de los tiempos, el papel de la estructura armónica, la lógica del “*rebato*”. Y así en mis

interpretaciones intento buscar ese orden en todos y cada uno de los elementos musicales. Y eso permite a los oyentes seguir con más facilidad la interpretación.

Gracias al Beato Josemaría he aprendido a abrirme a otros intereses, como leer, estar con los amigos, divertirme, hacer deporte. Antes, mis días estaban llenos sólo de piano, después se han enriquecido con muchas otras cosas. Puede parecer poco importante, pero no es así. La música es vida y la vida no es sólo tocar y tocar. La experiencia de lo bello y lo bueno (por ejemplo el trato con Dios, el sentido de la filiación divina, el amor a la Cruz, el servicio a los demás...) me ha enriquecido con profundidad y eso — dicen los que me escuchan — se trasluce en mis interpretaciones. Un conocido profesor de piano, comentó en octubre del 2000 después de escucharme: «En esa pianista hay una riqueza espiritual que no puede nacer solamente de las horas de estudio sentada al piano».

Otro aspecto que querría comentar es el de la apertura a los demás o, para decirlo de otro modo, el del apostolado. Antes de conocer al Beato Josemaría, yo tocaba especialmente para mí: la música era mi mundo, mi lenguaje, mi isla feliz. Solamente después me percaté de la posibilidad de abrirme a los demás a través de mi música. Antes de hablar de las consecuencias apostólicas, querría subrayar lo que eso ha significado musicalmente.

En primer lugar, mi música “se ha abierto”. Quiero decir que he aprendido a comunicar mi sensibilidad, a crear un diálogo con los que me escuchan. En segundo lugar, he aprendido a sonreír. El momento del concierto es un momento especial, en el que se mezclan el deseo de tocar y, al mismo tiempo, el miedo. Llevada de la mano por el Beato Josemaría, he aprendido a tocar “divirtiéndome”, aun en medio del temor. La idea de que Jesús está conmigo y toca conmigo, me lleva a tocar sonriendo, porque quiero transmitir ese gozo a los demás. Después de un concierto en Roma, una periodista escribió: «tocó con una sonrisa que le acompañó durante todo el concierto».

Trabajar con paz, transmitir alegría y serenidad. ¡Cuántas veces esas enseñanzas del Beato Josemaría me han ayudado a resolver situaciones difíciles! En 1995 estaba grabando mi primer CD. Después de dos días enteros de grabación, el piano falló. Tuvimos que interrumpir sin saber cuándo podríamos continuar la grabación. Fueron momentos de tensión para todos los presentes. Tenía dos posibilidades: ponerme nerviosa o tratar de mantener la calma y transmitirla al equipo que estaba trabajando conmigo. Escogí la segunda posibilidad, y eso nos ayudó a ir adelante y terminar la grabación después de muchas horas más de trabajo. Sé, además, porque me lo dijeron después, que el equipo de la casa discográfica entendió aquél día la importancia de trabajar sin nerviosismos y con serenidad.

Apertura a los demás significa también tratar de cambiar el ambiente y acercar, por medio de mi trabajo, a las personas a Dios. Recuerdo que, cuando

acababa de conocer *Camino*, me impresionó leer el punto número 31: «*Egoísta. — Tú, siempre a “lo tuyo”. — Pareces incapaz de sentir la fraternidad de Cristo: en los demás, no ves hermanos; ves peldaños [...]*».

En mi profesión ése es el ambiente que se respira. A propósito de esto, quiero comentar un breve episodio, que me parece significativo. Al final de una selección de cuatro pruebas, acudimos al concierto de premios de un concurso internacional tres italianos y dos japoneses. Estábamos todos en un salón del teatro en el que tendría lugar el concurso. Nadie hablaba. Yo tenía unos bombones y, como quería conocer un poco a los otros, se los ofrecí. Se rompió la tensión, empezamos a hablar, nos reímos un poco y desapareció el ambiente de rivalidad.

En ese mismo concurso conocí a una pianista italiana muy valiosa. No pasó las pruebas y regresó a su casa en Milán. Cuando volví a Milán, la llamé para conocerla un poco más. Se sorprendió de aquella llamada. Nos vimos. Empezamos a hablar de música, y poco después de Dios. No entendió algunas cosas pero, como ahora somos muy buenas amigas, cada vez que nos encontramos me pregunta algo y vamos profundizando en distintos aspectos de la vida cristiana.

Otro episodio de los años 90. En Siena fui seleccionada para el concierto final de un *master-class* junto con una colega armenia muy valiosa. Algunos días antes estábamos haciendo ejercicios con dos pianos. A ella le había tocado el peor. Al cabo de algunas horas le propuse cambiar de piano. Y ella, de religión armeno-ortodoxa, me dijo: «Ahora entiendo qué significa ser católico». Me percaté de la importancia, tan subrayada por el Beato Josemaría, del apostolado del ejemplo.

Otra anécdota acerca del ejemplo. Recuerdo que un día entré en una tienda de instrumentos musicales. Dos personas estaban hablando, y una de ellas dijo una palabra malsonante; pero al darse cuenta de mi presencia y de que no me había gustado nada, me pidió disculpas.

Otro aspecto del mensaje del Beato Josemaría que me ha fascinado es la mentalidad laical en el ejercicio de mi trabajo. Se puede entender como la audacia de no dejar pasar ninguna oportunidad —obviamente lícita— para obtener el máximo resultado. En su predicación, el Beato Josemaría insistía en que la humildad no consiste en mostrarnos tímidos, apocados o faltos de audacia en el campo noble de los afanes humanos. Añadía que, con espíritu sobrenatural, con espíritu cristiano de servicio, hemos de procurar estar entre los primeros, en el grupo de nuestros iguales. Pues la humildad que predicaba es algo muy interior, que deriva directamente del intento por mantener un coloquio contemplativo con el Señor *sine intermissione*. Él lo consiguió, como señaló Juan Pablo II en el Decreto con que se reconocía el modo heroico con que vivió las virtudes, en el que lo llamaba “contemplativo itinerante”.

Eso me ha ayudado mucho profesionalmente. Después de algunos años muy positivos para mí, a los veinte, comencé a enfrentarme con las dificultades de mi ambiente profesional. Decidí especializarme en un determinado maestro más que en otros. Apenas comencé a participar en algunos concursos internacionales, los resultados fueron —diría que de forma injusta— un fracaso. A menudo, antes de comenzar se sabía quién iba a ser el ganador. No fue fácil para mí aceptar esa realidad, y durante algunos años me pregunté si había hecho una buena elección, e incluso, si no tendría que renunciar a la carrera de concertista. Con la ayuda de la enseñanza del Beato Josemaría y de la atención pastoral que recibo en el Opus Dei, decidí intentarlo de nuevo. Veía también la obligación de los cristianos de poner a Cristo en todos los ambientes de la sociedad. Después participé en otros concursos, ganando la segunda y la primera plaza en dos de ellos, y obteniendo así la posibilidad de varios conciertos en algunas ciudades europeas.

Esa experiencia me sirvió también para convencerme de que es posible ganar lícitamente. Antes de uno de los concursos en que resulté ganadora, tuve la oportunidad de conocer a un maestro que me invitó a un curso. Cuando supe que formaba parte del jurado de ese concurso, le escribí una carta diciéndole que prefería no tener ningún contacto profesional antes del concurso, porque me parecía poco correcto. No sabía cómo reaccionaría el maestro, pero me sentí feliz cuando me contestó que apreciaba mucho mi modo de proceder.

Mi trabajo supone también muchos viajes, estancias en hoteles, comidas de gala, encuentros con personas de alto nivel social, etc. La enseñanza del Beato Josemaría me ha hecho entender que es posible vivir todo eso de una manera cristiana. Es posible vivir el orden en la habitación del hotel, ser sobria durante una comida de gala, vivir la pobreza escogiendo la tarifa de avión más económica aunque la pague la organización, o evitar tomar un taxi si no es necesario. Y finalmente, aprendí a procurar ir con la elegancia que requiera cada situación. Siempre me ha impresionado que el Fundador del Opus Dei hiciera referencia a la elegancia del Señor, invitando a los cristianos a seguir a Jesús también en eso.

Transcribo dos puntos de Surco: «*Tú también tienes una vocación profesional, que te “agujonea”.* —Pues, ese “agujón” es el anzuelo para pescar hombres. Rectifica, por tanto, la intención, y no dejes de adquirir todo el prestigio profesional posible, en servicio de Dios y de las almas, El Señor cuenta también con “esto”» (Surco, 491). «*Interesa que bregues, que arrimes el hombro... De todos modos, coloca los quehaceres profesionales en su sitio: constituyen exclusivamente medio para llegar al fin; nunca pueden tomarse, ni muchos menos, como lo fundamental. ¡Cuántas “profesionalitis” impiden la unión con Dios!*» (Surco, 502).

He visto a algunos colegas católicos anteponer la música a Dios. La tentación existe. Lo he experimentado. La música puede, fácilmente, llegar a ser el fin de una existencia y no solamente un medio para llegar al fin. El Beato Josemaría

me ha enseñado a conjugar la pasión profesional y una justa ambición con poner a Dios en el primer lugar de mi vida. Así, tocar el piano se convierte en gozarlo; es más, en hacer gozar también a Dios y gozar con Él.

Eso se experimenta en el momento del concierto, que para un artista es un momento mágico. Y los aplausos me permiten decir al Señor: *Esos aplausos son para Ti, para tu gloria: ¡gracias, Señor!* He aprendido del Beato Josemaría que la humildad no consiste en decir *yo toco mal*, sino en decir, *gracias Señor, porque si toco bien es porque Tú me has dado el talento y me has ayudado a hacerlo crecer.*

Puedo concluir afirmando que el mensaje del Beato Josemaría ha supuesto para mí el descubrimiento de una realidad sencilla pero maravillosa: la posibilidad de transformar mi trabajo en un encuentro con Dios capaz de mejorar mi ambiente profesional; descubrir el sentido de ese estupendo trabajo que ya por sí mismo es una tarea maravillosa.